

Discurso de entrega de diplomas. Promoción 2005.

25/10/07

Hace 7 años la mamá de Javier vino al colegio para conocerlo y averiguar sobre la inscripción. Se encontró con un portero que no la dejó pasar, y en cambio le ofreció una visita guiada por un arquitecto. La mamá de Javier le dijo "Pero en el Pellegrini me dejaron". El portero le respondió, sintetizando en pocas palabras toda descripción que el colegio puede hacer sobre si mismo: "Señora, acá vienen los mejores".

Hoy, 7 años después de aquella anécdota, nos encontramos todos en este acto, para dar el cierre definitivo a una etapa que ya terminamos hace un año o dos. A modo de conclusión, ¿qué podemos decir? ¿A quién debemos dirigirnos?

En este acto hay padres, hay profesores, hay alumnos, algunos abuelos, autoridades. Y, seamos realistas, los profesores deben haber escuchado mil veces un discurso diciendo "¿qué es lo que debe decir un discurso? ¿Qué es lo que podemos decir ahora?". En contra, a favor, criticando, felicitando al colegio, recordando anécdotas, como sea. "Qué podemos decir" es el lugar común al que todos los que egresamos parecemos llegar cuando tenemos que redactar un discurso.

Podemos decir, quizás, que no hay nada que decir, que hubiera sido lo mismo hacer una performance, un happening y que todos nos riamos un rato. Al fin y al cabo, es esta ceremonia, y no tanto las palabras que nosotros digamos lo que va a quedar en sus memorias.

Pero la pregunta está. Y esta situación existe. Así que vamos a decir algo igual.

(...)

Evidentemente no todos nos vamos del Colegio haciendo el mismo balance. Hay gente que sale orgullosa de su paso por el Colegio; y hay gente que cree que es una mierda y prefiere olvidarlo. Pero es indudable que nuestro paso por este lugar nos marca. De muchas maneras.

Ahora que muchos cursamos en la universidad, seguramente estemos familiarizados con los contenidos, nos resulte fácil autogestionar nuestro material bibliográfico, sumergirnos en las fuentes, enfrentarnos a los tentáculos de la burocracia, soportar la arbitrariedad que asoma en las evaluaciones.

Seguramente ninguna seguidilla de parciales universitarios nos intimiden demasiado a los que atravesamos las mesas de la muerte de tercero y cuarto, ni mucho menos a los que adquirieron la fortaleza y disciplina para evadirlas.

Qué decir de esas situaciones en que nos vemos capaces de sortear una situación de examen poco preparada con la ayuda de nuestra arma más mortífera: ¡El Chamuyo!

Indudablemente hay soberbia al traducir estos atributos en un "somos los mejores", y también resulta necio negar su existencia, y el rol que cumplen hoy en nuestro carácter.

Pero más necio parece, a su vez, reducir nuestro pasaje por estos claustros únicamente a sentar el culo y leer, y omitir así la riqueza de todas aquellas experiencias que conforman su correlato extra-académico.

Desde que ingresamos al colegio nos vemos arrojados a su vastedad, solos.

Y solos quedamos, de repente, expuestos a la historia del Colegio, entre todas las placas y sus citas, los bustos y sus nombres, la biblioteca y todos sus libros, el aula magna y su órgano, el túnel barroso que data de la época colonial en el que nos introdujeron aquel lejano primer día de clases.

Y ubicados a tres cuadras de Plaza de Mayo, quedamos expuestos al presente, que construye nuestra propia historia. Así es que terminamos acostumbrados a escuchar los bombos y los petardos, ver los carteles, las pancartas, las vallas, los carros hidrantes... cosas que la mayoría está acostumbrada a ver por la tele o en los diarios, nosotros las vimos cara a cara, a pocos pasos.

Nos vemos compartiendo aulas o deportes con gente de distintos barrios, o del Conurbano o más allá. Y al hacernos amigos con gente de diversos lugares y realidades, pronto nos vemos viajando más allá de nuestras fronteras urbanas, tomando el subte, el tren y algún que otro bondi de número extraño que de haber ido al colegio del barrio no hubiéramos tenido muchas razones para tomar.

Encontrarse con todo este mundo grande, nuevo y feo, es una parte fundamental de ser un alumno del Nacional.

Lo cierto es que venimos acá y nos enfrentamos a la vida. Obviamente, la hubiéramos enfrentado de cualquier forma, pero nos tocó hacerlo desde este punto de vista. Y hacerlo

desde acá implica llevarse encima un montón de cosas que fueron importantes en nuestro paso por el Colegio, no por su aporte a nuestra educación, sino por su impacto en nuestras vidas.

Sin embargo, esto no implica para nada creer que lo que aprendemos acá, lo que vivimos acá, nos hizo mejores.

Porque podemos estudiar toda nuestra vida y ser una basura de personas. Eso no lo enseña el colegio.

Porque podemos estudiar toda nuestra vida y ser buenos tipos. Eso no lo enseña el colegio.

Podemos no estudiar jamás y llegar más lejos. Podemos no estudiar jamás, no llegar más lejos, y ser buenos tipos igual.

Podemos romper con la definición de llegar mas lejos, podemos romper con la definición de ser un buen tipo, y desde ya, como muchos hemos intentado siempre, podemos romper con la definición de estudiar.

Esto último tampoco lo enseña el colegio, pero es lo que pasa adentro suyo. Se rompen definiciones. Se rompe a si mismo y se renueva.

Pero durante los años que pasamos aquí dentro, desde arriba, desde la gestión, se resistió bastante a esa ruptura y a esa renovación. Se nos repitió constantemente que "al colegio se viene a estudiar", que venir al Nacional significa únicamente sentar el culo en la silla y leer como chango para venir a rendir exámenes jodidos.

Y mientras tanto atravesamos tantas otras cosas, que nos resulta imposible sintetizar en un solo párrafo nostálgico. Conocimos lugares como La Diva o Lacroze; derrochamos nuestras horas libres en el comedor y lloramos por su pérdida; aprendimos a hacer la danza de la lluvia y nos alegramos por cada ausencia al campo (al menos la mayoría); nos cruzamos con diversos personajes como Hugo, el kioskero de nuestro 5to año, el médico del subsuelo y su todopoderosa aspirina, o Rosita, que implacablemente nos cerraba la puerta en la cara a las 12:45. En primer año nos sublevamos contra el despiadado proyecto de las "horas disponibles" con que pretendieron arrancarnos nuestras horas libres de vagancia institucional.

Si todo esto, y todo lo anterior, y todas esas cosas que no pasan exclusivamente en el aula o leyendo un libro no fueron parte de nuestro paso por el colegio, entonces no sabemos qué lo fue.

Porque sostener que al colegio se viene sólo a estudiar, que el valor de pasar por el colegio hoy en día solo está en su dimensión académica, es una empresa muy difícil.

Es una empresa muy difícil porque hace ya un largo tiempo que el nivel académico del Colegio está sumergido en un proceso de devaluación: acuérdense de que hace años no hay concursos, de que hay profesores que ciertamente no deberían enseñar, de que los programas de muchas de las materias están desactualizados y, para colmo, se dictan incompletos. ¿Cuántos vimos revolución francesa? Es cierto que el nivel es excelente, pero seguir con el autobombo cuando la calidad se va cayendo a pedazos es realmente hipócrita.

Y no se olviden, tampoco, que mientras se insistía con lo académico, todo lo demás, todo eso que nos resultó igual de valioso, se expulsaba de la órbita del colegio. Se cerraron patios, comedores. Se prohibieron tomas. Se cancelaron viajes de estudios. Se nos honró con el título de ser el primer tercer año dividido por todo el edificio.

Acciones de este tipo signaron todo el curso de la última gestión, gestión cuyo último producto acabado somos nosotros, que no conocimos un colegio diferente. Nosotros, para quienes la frase "excelencia académica" no es más que una frase cliché, referida a otros tiempos que lamentablemente no conocimos.

Sin duda hemos recibido una formación única, y es imposible no estar agradecidos por ello; pero a la vez nos es imposible no sentirnos tristes al saber que podría haber sido mucho mejor.

Ahora que nos vamos, ahora que hay gente nueva en el Colegio, todos nosotros, los egresados, los profesores, las autoridades, los estudiantes, y si, también los padres, tenemos una oportunidad. No es una responsabilidad, no es una obligación moral que recaer sobre nosotros. Es la posibilidad de hacer un cambio y de marcar una diferencia.

Las instituciones cambian si las personas que las integran se dignan a hacerlas cambiar. Y esas personas somos todos los que estamos acá. Desaprovechar esa oportunidad, ciertamente, sería una lástima.

¿Por qué nos dan la palabra recién ahora que nos vamos? Si, es cierto, siempre tuvimos la palabra, pero tuvimos que aprender a usarla y a blandirla. Pudimos gritar, pudimos usar megáfonos, pudimos quedarnos afónicos cantando en una fiesta.

Pero esos gritos no resonaron en los tímpanos del colegio. Y por eso ahora, que los oídos están aparentemente destapados, que ya no hay una obstrucción... escuchémonos, todos.

Hablamos de un cambio de actitud. Hoy ya no se trata solo de no cerrar espacios. Se trata de abrirlos.

Y que los espacios que se abran nos enseñen a blandir la palabra desde que ingresamos, para poder ser escuchados. Que los espacios que se abran permitan que la crítica se forme y se consolide, que los espacios que se abran nos permitan entrar y salir, circular, comunicarnos, construir comunidad. A todos los que estamos acá; a los que se fueron antes que nosotros, pero todavía quieren volver; a los que ya se quieren ir para no tener que volver nunca; y por último y más especialmente. a los que van a venir después que nosotros.

Gracias a todos, y muchos éxitos en los caminos que elijan de aquí en adelante.